



# Yuca

Y EL ESPEJO DEL RÍO



En los bordes silenciosos de los Esteros del Iberá, vivía Yuca, un aguará guazú de patas largas y mirada soñadora.

Era alto, peludo y caminaba como si bailara despacito. Pero no le gustaba que lo miraran.

Siempre se escondía entre los pastizales.

Una tarde, al acercarse al río para tomar agua, vio algo que lo dejó helado:

un animal igual a él lo miraba desde la superficie.

Tenía el mismo hocico, las mismas orejas... pero parecía más fuerte, más seguro, más bonito.

—¿Quién sos? —susurró Yuca, pero el otro no respondió.

Sólo lo imitó, como burlándose.

Desde ese momento, Yuca no pudo pensar en otra cosa.





—Voy a encontrarlo —se dijo Yuca, mientras el sol se escondía.  
—Quiero conocer al que se parece a mí.

Y, por primera vez, se animó a salir del rincón donde siempre se ocultaba.

Saltó un charco. Caminó entre totoras.  
Pisó barro y se cayó... pero no se rindió.

El reflejo lo había despertado.  
Y ahora quería saber quién era ese otro.

A la mañana siguiente, encontró a un carpincho descansando en la orilla.

—Hola, ¿viste a alguien que se parezca a mí? —preguntó Yuca.

El carpincho abrió un ojo, pensó un rato y dijo:

—Una vez vi a uno... en el agua. Pero cuando me acerqué, ya no estaba.

Yuca se quedó pensativo.

—¿Se escondió?

—Tal vez —dijo el carpincho—. O tal vez nunca se fue.

Yuca no entendió. Pero agradeció y siguió caminando.







Más adelante, un yacaré tomaba sol sobre una piedra caliente.

—Busco a alguien que se parezca a mí —dijo Yuca, con valentía.

El yacaré abrió su gran boca y soltó una carcajada:

—¡Ja! ¿A vos se te perdió tu sombra?!

—No es mi sombra... ¡es otro como yo!

El yacaré se rió aún más fuerte.

—Si lo ves, decile que use menos pelo —dijo, y volvió a dormirse.

Yuca se sintió confundido. Y un poco herido.

Pero siguió adelante.

Cerca del mediodía, una chajá volaba en círculos sobre el estero.

—¡Señora chajá! ¿Vio a uno que se parezca a mí?

La chajá descendió despacio, con elegancia.

—¿Estás seguro de que es otro?

—Sí... creo. Lo vi en el agua. Me miró. Y se fue.

La chajá sonrió con los ojos:

—A veces, el río no nos muestra lo que vemos, sino lo que necesitamos ver.

Yuca la miró sin entender.

—Seguí buscando —le dijo la chajá—. Pero no muy lejos.

Y alzó vuelo otra vez.





Esa noche, el estero estaba quieto.  
No había viento. No había chajás. Solo luna y reflejos.

Yuca volvió al río.

Se sentó frente al agua... y allí estaba él otra vez.

Pero esta vez no preguntó.

Solo se miró. Con atención.

Observó sus patas largas, su hocico ancho, su andar raro.  
Y, de pronto, lo entendió.

Ese otro... era él mismo.

El reflejo no era mejor ni peor.  
Era el mismo Yuca, que se animaba a mirarse sin miedo.

Yuca sonrió.  
Y el reflejo también.

A la mañana siguiente, Yuca caminó hacia el claro donde jugaban los demás animales.

Los miró. Lo miraron.

Sintió un nudo en la panza...  
Pero no se escondió.

Se acercó despacio. Nadie se rió.

El carpincho le hizo un lugar.  
La chajá voló en círculos sobre su cabeza.  
Incluso el yacaré abrió un ojo y no dijo nada.

Yuca se sentó.  
Respiró hondo.

Y por dentro, su reflejo le guiñó un ojo.





Sebastián Fontao es diseñador e ilustrador argentino. Apasionado por crear historias para chicos y grandes, encuentra en la ilustración y la narrativa una manera de transmitir valores, celebrar la amistad y destacar la importancia de la conexión con la naturaleza. Con un estilo que combina calidez, expresividad y un marcado amor por la fauna y los paisajes de su país, busca que cada relato sea un pequeño viaje donde la magia y la vida silvestre acompañen al lector para despertar su

Yuca y el espejo del río

Seba Fontao

Edición Digital: <https://nodofauna.com.ar>

Reservados los derechos DNDA, Prohibida su venta, material de difusión.

